

**T**ENGO por lema de mi vida —aunque imperfectamente lo lleve a cabo— aquel del biólogo J. Rostand: «Antes de soñar es necesario saber». Y, sin embargo, no dejo de reconocer —como este sabio— que «la inquietud metafísica se aviva a medida que uno trata de aplacarla, como esos picos inextinguibles que al rascarlos se exacerban».

Cuando se trata de conocer el origen del mundo, de la vida o de la humanidad, no tengo, sin embargo, más remedio que acudir al físico Pascual Jordan, al biólogo Julian Huxley o al paleontólogo Teilhard de Chardin, con el fin de saber a qué atenerme acerca de ello.

Y ni puedo ni quiero tomar la Biblia como fuente de información —científica o histórica— para alcanzar lo que, de antemano, sé que no me puede dar. «No debemos perder de vista que, en las narraciones bíblicas, se quiere ante todo destacar ideas religiosas, morales o culturales. Esto tiene aplicación, sobre todo, en los primeros capítulos, relativos a la historia primitiva de la humanidad», dice el prudente profesor Padre García Cordero, O. P.

¿Por qué?: porque «los orígenes de la humanidad quedaban muy lejos, cuando se redactaron las tradiciones orales recibidas desde antiguo».

No puedo por menos de acordarme, por tanto, de esa irrefutable afirmación de Teilhard de Chardin, que supera todas las infantiles posturas de cualquier católico: «¿Cómo soñar en encontrar los vestigios de los hombres primitivos, cuando no tenemos más remedio que renunciar a conocer a los primeros griegos o a los chinos primitivos?».

¿A qué podemos, entonces, aspirar? «Todo lo que las leyes de la perspectiva histórica nos permiten esperar —sigue diciendo Teilhard— es a reducir el radio de incertidumbre en que nos encontramos en esta materia, hasta un mínimo».

Por eso sería ingenuo procedimiento querer salvar las lagunas de la ciencia natural, o de la ciencia histórica, con las palabras de la Biblia. «Dios, que reveló a los hombres las verdades fundamentales tocantes al origen de las cosas y del género humano desde el punto de vista religioso... no ha querido darnos a conocer las incidencias de la historia de la humanidad», nos sigue recordando aquel moderado exegeta, antes citado.

Es, en el fondo, la misma idea que tenía toda la tradición católica de los primeros siglos —como recuerda el teólogo J. de Fraine—, y que, en una transposición equivocada de lo prehistórico a lo histórico, habíamos olvidado muchos católicos. La meta, de este Libro Sagrado, no es fundamentalmente conocer los acontecimientos pasados, sino «enseñarnos una regla de vida conforme a las prescripciones éticas; y por eso toda mención histórica está enfocada hacia un fin más amplio» (San Gregorio de Niza, In psalm. II, 2).

**S**I quiero saber la edad del mundo, no puedo entretenerme en contar los años de los patriarcas, haciendo cálculos cronológicos basados en la Biblia; sino acordarme del profesor Jordan —o de cualquier otro especialista— para afirmar que hoy «no conocemos ningún cuerpo celeste cuya edad sea mucho mayor de 10.000 millones de años. No existe razón alguna para creer que en el sistema gigantesco de la Vía Láctea, del que forma parte nuestro Sol, existan estrellas sensiblemente más viejas. Ni tampoco hay razón alguna para atribuir a las nebulosas espirales —análogas a nuestra Vía Láctea—... una edad mayor que la de éstas».

Un sacerdote belga —el astrónomo Lemaitre— y un conocido físico —Jorge Gamow— han sido los patrocinadores de las teorías evolucionistas acerca del comienzo del mundo. Y ambos afirman la existencia de un estado primitivo, a partir del cual —por evolución— hemos llegado al mundo actual.

Hoyle, por el contrario, combate estas hipótesis, y expone una nueva teoría: la de la **creación continua**. En cierto modo, esta idea del profesor de Cambridge se parece a la del filósofo francés Bergson con su creación constante, aunque la diferencia esté fundamentalmente entre un esbozo imaginativo-filosófico (el del pensador francés) y una explicación científica seria, aunque sólo sea probable. El inteligente materialista que es Hoyle, pensó que la materia nace en forma de átomos neutros de hidrógeno, creados a partir de neutrones que, desintegrados rápidamente en protones y electrones, se combinaron después formando los primitivos átomos de hidrógeno, que fue el primer vestigio que hubo en el mundo de materia organizada. Pero esta materia, que se crea continuamente, viene a sustituir a la que también constantemente está desapareciendo. Siguiendo los cálculos de velocidad de creación, previstos por este sabio, vamos a usar una imagen ilustrativa de esto: Para que, en el espacio correspondiente a un gran edificio comercial, apareciese —según esta teoría creacionista— un nuevo átomo de hidrógeno, tendrían que transcurrir cien años; y en el pequeño volumen de una botella de vino, tendrían que pasar mil millones de años para que apareciese un nuevo átomo de ese gas.

Y esta **primera materia**, en expansión continua, resulta ser la base de toda la posterior agrupación en galaxias, estrellas y planetas formando el universo que vemos con nuestros ojos, con la ayuda del telescopio hacia los grandes espacios y del microscopio hacia los ínfimos niveles de la materia.

La acumulación de tales átomos básicos, por la fuerza cohesiva de la

# LOS ORIGENES DEL MUNDO Y DEL HOMBRE

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

gravitación, iría formando las estrellas, que, al cabo de un cierto tiempo, dado el incremento de masa y de la fuerza gravitatoria, darían lugar a una presión intensa y a una temperatura que produciría una reacción nuclear, en la que las estrellas se desintegrarían, lanzando todo su contenido violentamente hacia el espacio.

Estos elementos desprendidos de esas estrellas —llamadas **supernovas**— volverían a combinarse entre sí, para formar nuevas estrellas, repitiéndose de esta forma el proceso, como un «eterno retorno», tal y como lo atisbó genialmente Nietzsche, el filósofo loco.

James A. Coleman —el jefe del Departamento de física en el Colegio universitario de Springfield, U. S. A.— compara con expresiva imagen el universo —en esta teoría— a un gran lago, lleno de agua y poblado de peces. Los peces serían las galaxias y estrellas del cosmos, el agua el espacio en que todo se baña, y el lago el universo mismo. Y como procesos únicos estarían: las lluvias —la creación continua de hidrógeno espacial— que van renovando el agua del lago, y el sobrante líquido —la desaparición constante de materia— que cae por un dique colocado en un extremo.

Esa sería, ni más ni menos, una imagen sensible de la teoría de la creación continua del universo, de un universo dinámico, ciertamente, y continuamente renovable, que se mantiene con constantes dimensiones, formando así un cosmos en constante equilibrio estable.

**T**ERMIER —un sabio naturalista católico— atribuía 3.000 millones de años al origen de la vida. Unas bacterias —las esquizofitas— estuvieron al comienzo de ella; pero pronto apareció la neta distinción entre vida animal y vegetal. La paleontología suministra abundancia de datos, que pueden hacernos conocer los hitos fundamentales de esta larga marcha biológica.

Por otro lado, el gran fenómeno de la «vitalización» del universo, como lo llama Teilhard, tiene su punto culminante en la «hominización»: mutación diferente de todas las otras, que da lugar al grupo zoológico humano, a esa «noosfera» que va, paso tras paso, alcanzando una constructiva socialización de los hombres, que no será ni gregaria ni asfixiante, sino promotora de la auténtica personalidad humana.

Y para conocer esta vital historia —sobre todo la del hombre— tendría yo que coger en mis manos y leer «El grupo zoológico humano», de Teilhard de Chardin, S. J., o «El hombre», de Jean Rostand; pero no sé me ocurrirá nunca, para ilustrarme en este proceso humano, repasar los primeros capítulos del Génesis, ni analizar minuciosamente sus palabras, como si estuviera leyendo un libro de historia.

Me tengo que acostumbrar, de una vez, a ser adulto en el pensamiento, y empezar a razonar como un hombre maduro, en un mundo que ha entrado ya en la fase de su **mayoría de edad**. No debo —como católico— continuar con añoranzas infantiles, sino afirmar, teórica y prácticamente, que «lo que no afecta de modo inmediato a la relación de salvación del hombre con Dios, no pertenece al contenido mismo, sino al ropaje de esa Revelación» (M. Schmaus, en «La verdad»). Por eso no me preocupo de ahondar excesivamente en los detalles de la vida bíblica de Adán, Eva, Cain o Abel, porque de antemano sé que no son historias estrictamente hablando, tal y como concebimos una rigurosa historia. Si «muchas de las afirmaciones del Antiguo y Nuevo Testamento están ligadas a realidades sociológicas de aquel tiempo» (M. Schmaus), pensemos que el Génesis —escrito millones de siglos después del origen real del hombre— no puede servirme de guía para conocer a aquellos primitivos pobladores de la humanidad.

**C**UANDO leo a los pensadores actuales —Cassirer, Gusdorf, S. Langer...— todos me dicen que el mito ha sido necesario, al menos hasta ahora, al pensamiento humano, con el fin de captar el sentido hondo y real del mundo, algo que es difícil de alcanzar, pero que el símbolo nos ha acercado —aunque sea a tientas— a él. Y lo mejor que puedo decir de esos primeros capítulos de la Biblia es que «hay indudablemente diversos mitos contenidos en el Antiguo Testamento», como dice el especialista católico Mac Kenzie, S. J. Los escritores sagrados —según él— llenan- **SIGUE**

# LOS ORIGENES DEL MUNDO Y DEL HOMBRE

ron el espacio entre la Creación y la época del beduino Abraham con la actividad, en la prehistoria, del Yavé-Dios de la Biblia, «seleccionando un gran cuerpo de material que relataba el tiempo prehistórico, mitológico». Lo único que interesó al autor sagrado es rellenarlo con unos relatos esmaltados de imágenes míticas «para mostrar la presencia y gobierno, en ese mundo prehistórico, de su justo y santo Dios». Pero no podemos ir más allá, ni tomar cada frase de esos pasajes bíblicos para construir figuras con relieves históricos claros y contornos definidos, pues lo que tenemos sólo son relatos anacrónicos e inexactos.

De ahí que yo prefiera inspirarme en hombres como el teólogo T. Kampmann, de la Universidad de Munich, y no en minuciosos análisis de superados escrituristas que desvirtúan —en mi opinión— el sentido básico de tales relatos. Por eso Kampmann —con inteligente sentido— afirma que «la comprensión de la historia se dificulta porque ésta permanece posteriormente en el ingenuo mundo de las imágenes e ideas infantiles: "Cain, el malo —se dice—, mató a Abel, el bueno". Este tipo de figuras requiere una urgente corrección. El estadio de crecimiento en la fe debería realizar muy en serio esta corrección, para que, en el estadio del cristianismo adulto —que es el actual—, se percibiera el misterio con toda claridad. ¿Quién era Cain? La mentalidad infantil lo tiene por un bárbaro primitivo. El texto yavista —de la Biblia— no lo hace así claramente». Esa y no otra es la verdad, muy distinta de esa frase calificadora, en términos demasiado absolutos, de esos dos personajes.

Inspirándome en este profundo teólogo —y expongo mi criterio para aclaración a un suscriptor— pensé, en mis artículos anteriores sobre la película *La Biblia*, ir más adelante que él y sacar más amplias conclusiones, combinando ideas de algunos excelentes escrituristas como Lagrange, O. P.; Mac Kenzie, S. J.; T. Schwegler, O. S. B.; de Vaux, O. P.; van der Born, J. B. Bauer, Dheilly, Gunkel, Heinisch, Pirot y Clamer, H. Lusseau, Rencens, Chaîne, Sutcliffe, de Fraine, Hauret. Y creí también, con algunos de ellos, que Abel significaba «existencia precaria, débil y sin valor» (porque eso es *hebel*, en hebreo), y que se representaba en tal personaje mítico a los débiles y no a los creadores —como el herrero Cain, cuyo nombre expresa su profesión más civilizada—. Y he aprendido, con Kampmann, que «Cain es el elegido por nacimiento», en quien «la primogenitura se junta con mayor competencia en la profesión», que «Cain es, y continúa siendo, amigo de Dios», que «si Cain es el símbolo del hombre eterno, Abel lo es del justo que sufre», y «quien piensa en la persona y en la historia de Abel no puede entenderla de otra forma que simbólicamente», sin perjuicio de que fuese una persona real. Del mismo modo que la evasión a la tierra de Nod —la huida de la tierra de Dios, que era el Edén— no es sino el comienzo de la cultura, de la legítima cultura profana, desligada de religiosidades heterónomas, peligrosa, como todo lo creador, por ambivalente, pero no mala ni mucho menos. Yavé-Dios quería ciertamente que Cain protegiese al débil Abel; y no lo hizo, y por eso falló. Pero no lo pone a este último como modelo de hombre, en su debilidad bonachona, sin empuje constructor del mundo, porque Abel —como también dice Kampmann— «muere sin descendencia, y la descendencia es, casi siempre, expresión de la bendición de Yavé».

Y la contraposición pastor-agricultor (en Cain y Abel) no es «sino la vieja tradición israelita que prefería el modo de vida nómada de los pastores, que la civilización de sedentarios agricultores», porque seguramente ese relato es un ropaje socio-cultural y no una enseñanza revelada. Así ocurre en el capítulo IV del Génesis que «en la primera parte del capítulo se presenta la vida agrícola como honrosa y agradable a Dios, mientras que la vida nómada es considerada como un castigo. Por el contrario, a partir del versículo 17, la vida nómada aparece como el ideal al que debe aspirar la civilización», dice el especialista P. Arndtich, O. F. M. No podemos, por tanto, sacar consecuencias bíblicas definitivas favorables a una u otra actitud, pues en pocos versículos pondríamos en contradicción a la Biblia consigo misma, si esas afirmaciones fuesen auténtica revelación.

No sé si acerté a expresarme, pero mi secreto anhelo hubiese sido un genial film al estilo de «Giulietta de los espíritus», combinado con el realismo humano-social de «La Persona Buena de Sezuan», que hubiese retratado, con simbolismo actual asequible, la «larga marcha» de la humanidad en su construcción del mundo; y no una especie de grandioso serial expresando infantilmente las ideas de la Biblia. Eso es lo que también quieren —creo yo— los hombres de la segunda mitad del siglo XX, porque estos hombres «antes de soñar, necesitan saber», y para eso exigen «que las verdades de la Revelación, incluso las acuñadas en dogmas, sean nuevamente formuladas en nuevas épocas culturales» (M. Schmaus).

E. M. M.

## HABLA MENDES FRANCE



(Viene de la pág. 29)

Inglaterra, sean cuales fueren sus debilidades actuales, es un país fundamentalmente orientado hacia la paz. Su presencia política no pueda ser sino útil y sana también desde el punto de vista económico. Efectivamente, Inglaterra busca ansiosamente el progreso social y el pleno empleo; camina hacia la planificación y la política de rentas; en este sentido influirá sobre Europa, de la cual formará parte.

Una Europa concebida de esta suerte, especialmente si engloba a Inglaterra, deberá tener una política monetaria concertada. Esto planteará el espinoso problema de la libra esterlina. La negociación con Inglaterra para su entrada en el Mercado Común debe, por consiguiente, abarcar las cuestiones monetarias. Esto es esencial; recordemos que la libra se utiliza para financiar el 40 por ciento del comercio mundial, lo cual es importante.

J. D.—Volvamos al tema alemán.

P. M. F.—Alemania goza de una posición diplomática considerable y De Gaulle, involuntariamente, la ha valorado demasiado. Esto es un hecho. Alemania se ha convertido en una especie de apuesta y De Gaulle ha intentado ganarla. Pero los americanos, que tenían más medios, se la han quitado.

A partir de la liberación, todos los gobiernos franceses, tanto de derechas como de izquierdas, han tenido siempre prevención contra una unión militar entre alemanes y americanos, que Francia no pudiera controlar en mayor o menor grado. El binomio germano-americano ha constituido el mayor temor de todos los gobiernos franceses desde hace veinte años. La política de De Gaulle ha realizado lo que todo el mundo había intentado impedir.

Hoy en día, un examen superficial de los hechos puede hacer pensar que Alemania se acerca a nosotros y se aleja de los Estados Unidos. En realidad, las consecuencias de nuestra política han sido las de licitar por Alemania y fomentar en ella malas tentaciones. Si examinamos esta cuestión con detenimiento, vemos que es más independiente con relación a Europa y con relación a Francia que hace diez años, mientras que sigue dependiendo tanto como antes de los Estados Unidos.

Las consecuencias de nuestras decisiones e iniciativas en este campo sólo pueden fomentar que los americanos propongan a Alemania condiciones ventajosas que nosotros no podemos ofrecerle. A no ser que los Estados Unidos decidan un día entenderse directamente con la Unión Soviética para arreglar el problema alemán en su totalidad, es decir, el europeo.

J. D.—¿Pero no ha surgido una nueva política en Bonn, personificada por el nuevo ministro de Asuntos Exteriores?

P. M. F.—Se está produciendo ciertamente algo que será interesante ob-

servar. Pero es demasiado pronto para pronunciarse categóricamente. Hay una especie de toma de conciencia; se realizan ciertos progresos; hay hombres que evolucionan, que caen en la cuenta de que la política alemana del pasado —concretamente su obstinación en mantener posturas negativas— no conduce a nada. Es posible que salga algo de todo esto, pero aún no sabemos nada. Los rusos, que son muy sensibles a todo lo que sucede en Alemania, observan lo que está pasando con mucha circunspección, pero sin cerrar la puerta a las evoluciones que puedan darse.

J. D.—Si tuviese que definir los criterios generales de una política exterior progresista, ¿qué diría como oposición al gaullismo, o incluso como superación del mismo?

P. M. F.—Para De Gaulle, la nación es la base, el límite, el fin de toda política. Se cita a Barrés: la Nación, la tierra, los muertos, la lengua, la cultura constituyen una totalidad que trasciende a toda política que la determina. Hay que salvaguardar esta totalidad, conservarla íntegramente en sus medios materiales, sus fronteras, sus hombres, sus voluntades independientes y libres de cualquier sujeción exterior. Y no solamente respecto a otros países, sino incluso respecto a cualquier comunidad internacional organizada. Es preciso, asimismo, que la Nación mantenga un cierto rango —es decir, «La Grandeur», lo cual exige la constante pretensión de jugar un papel de primer plano, una susceptibilidad extrema en las relaciones con otros países, un armamento lo más poderoso posible.

Para nosotros, los fines de la política exterior son de otro tipo, no terminan con las fronteras, son más ambiciosos, de un alcance mayor, ya que los objetivos que se persiguen son objetivos de interés general: la consolidación de la paz, el progreso de la democracia internacional, la disminución de la explotación de las masas subdesarrolladas y su emancipación, el desarme controlado, la formación y consolidación de agrupaciones de cooperación internacional como, por ejemplo, Europa.

La política internacional, para nosotros, debe tender incansablemente a limar las rivalidades, los conflictos, y no intentar sacar provecho con los métodos caducos y peligrosos del tradicional juego diplomático. Debe tender a colaborar a que la sociedad internacional se eleve a un nivel superior de conciencia y de disciplina, a medida que aparecen nuevos riesgos, pero también las nuevas e inmensas posibilidades que proporciona nuestra época.

JEAN DANIEL

© L. FORESTIER 1967 Y TRIUNFO

(Prohibida rigurosamente la reproducción incluso parcial)